

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

La estrategia de la burguesía argentina para la educación. Los manuales de historia y ciencias sociales para el nivel medio en el período "democrático" (1984-2004).

Mariano Schlez.

Cita:

Mariano Schlez (2005). *La estrategia de la burguesía argentina para la educación. Los manuales de historia y ciencias sociales para el nivel medio en el período "democrático" (1984-2004)*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/245>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Xº Jornadas Interescuelas / Departamento de Historia

Rosario, 20 al 23 de Septiembre de 2005

Titulo: *La estrategia de la burguesía argentina para la educación. Los manuales de historia y ciencias sociales para el nivel medio en el período “democrático” (1984-2004).*

Mesa: 24. “La historia enseñada y los “usos públicos de la historia”.
Coordinadores: Nélide Eiros (UBA) - Gonzalo de Amézola (UNLP/UNGS), E-mail: neiros@filo.edu.ar - gonzalodeamezola@speedy.com.ar .

Pertenencia Institucional: C.E.I.C.S.

Autor: Mariano Schlez – Estudiante

Dirección: Av. Eva Perón 3551 – PB. 3 (1416) – C. Aut. Bs. As.

TEL.: (011) 4611-5002

Fax:

E. mail: marianoschlez@hotmail.com , ceics2003@yahoo.com.ar

1. “Sentido común”, manuales y conciencia

Media Argentina sin trabajo. Millones de chicos desnutridos. Es la misma Argentina de la concentración de la riqueza, las ganancias fabulosas de unos pocos empresarios y la centralización del poder en contadas manos. ¿Quién tiene la culpa de todo esto? ¿Cómo hemos llegado a esta barbarie? “El problema en este país es que nadie quiere laburar y, además, son todos chorros”. “Acá te dan un pedacito de tierra y listo. La Argentina es muy rica”. “No somos como los europeos, esa sí que es gente trabajadora. Antes, sí se podía llegar a ser alguien”. “Lástima que ya no está Perón, sólo con él se respetaron los derechos del trabajador”. “Pero acá siempre queremos más y nunca nos conformamos. El hombre es insaciable”. “Así entonces no se puede y por eso estalla todo. O por b siempre vuelve la inflación, bajan los salarios y aumenta la deuda”. “Es que te explotan demasiado. No tienen límite”. “Si nos limitáramos a trabajar y no a

hacer política nos iría bien. Pero la política se mete en todos lados y arruina las cosas. Y cuando pasa eso empieza la violencia y así terminamos, en medio de subversivos y militares...”. “La cuestión es que no sabemos vivir en democracia”. “¡Revolución! Gritan todavía algunos. No se dan cuenta que la izquierda y la derecha no existen más. ¿Obreros? Esa clase ya está muerta”.

Esta larga letanía de reclamos caprichosos y explicaciones injustificadas son reproducidas aún en muchas de las casas, escuelas y calles argentinas. No es casual. Lo que aparece como natural no es más que expresión de una visión del mundo elaborada concientemente por la clase dominante, la burguesía. ¿Con que objetivo? Para que expliquemos el mundo sin que se vean afectados sus intereses. ¿Cómo lo hace? A través de muchos medios: la educación, el arte, los medios de comunicación, etc. Pero el más fabuloso de estos mecanismos de dominación burguesa es la escuela. Durante años y años concurrimos a clase y llevamos a cabo actividades específicamente preparadas para que pensemos de determinada manera. Actos, excursiones, trabajos prácticos y lecturas sirven a la burguesía en la formación de una cabeza que reproducirá todos los prejuicios caricaturizados en el primer párrafo. ¿Creen que exagero? Veamos qué dice la burguesía de la clase obrera en una de sus herramientas favoritas y más difundidas en el conjunto de los trabajadores argentinos: los manuales escolares.¹

2. ¿Existe la clase obrera?

Gran sorpresa se lleva el lector desprevenido que intente buscar en los manuales de historia qué dicen sobre la clase obrera. No significa que en el texto no se hable de los trabajadores. La cuestión es que, generalmente, no se los llama

¹Los manuales analizados en este trabajo son los siguientes: Gaggero, H., Garro, A., Mantiñán, S., *Historia de América en los siglos XIX y XX*, Bs. As., Aique, 2004; De Privitellio, L., Luchilo, L., Cattaruzza, A., Paz, G. y Rodríguez, C., *Historia de la Argentina contemporánea. Desde la construcción del mercado, el Estado y la nación hasta nuestros días*, Bs. As., Santillana, 1998 y Casullo, A., Rasnosky, J., Bordone, G., Imen, P., *Formación y ética ciudadana 9*, Bs. As., Santillana EGB, 1993. Su selección tiene que ver con dos cuestiones: a) son algunos de los manuales más utilizados en la escuela, b) fueron realizados por los intelectuales de un programa político específico: la socialdemocracia alfonsinista. Dejaremos para más adelante el estudio de manuales representantes de otros programas como los de Alonso, M., Elisalde, R., Vázquez, E., *Historia: La Argentina del siglo XX*, Bs. As., Aique, 1999 y Felipe Pigna (coord.), Dino, M., Mora, C., Bulacio, J., Cao, G. *Historia. La Argentina contemporánea*, Bs. As., A-Z, 2000.

por su nombre. Los autores de los manuales, expresando cabalmente toda una forma de analizar la sociedad, han borrado de la historia a la clase obrera. ¿Cómo? Llamándola con un sin fin de nombres que expresan de todo, menos, a la clase obrera.

a. La muerte de la clase obrera

No es la primera vez que la burguesía se da la tarea de desaparecer de la faz de la tierra aquello que entorpece su accionar. En el caso de los manuales, la clase obrera desaparece (sin comillas) de la historia. No significa, como dijimos, que no se hable de los trabajadores. Pero este análisis no se realiza en términos de clase. Ahora debemos hablar de “sectores populares”, “grupos urbanos”, “clases subalternas”, “nuevos movimientos sociales” y toda una gama de términos que solo sirven para confundir. En el mejor de los casos, se referirán a la clase como “pueblo”. De Privitellio y Cattaruzza se justifican explicando que en historia hay “actores individuales” (“cada una de las personas que habitan y habitaron el mundo”). Por otra parte, “los sujetos colectivos de la historia son numerosísimos, tantos como conjuntos de personas con una identidad común puedan ser registrados: las clases sociales, los reinos, los habitantes de un poblado, los grupos étnicos, los miembros de una institución y, por supuesto, las naciones”. El manual se propone estudiar la “historia de la Argentina contemporánea, que es (...) un sujeto colectivo”. Los autores no distinguen entre un “sujeto colectivo” objetivo (las clases) y uno ideológico o inventado (las nacionalidades).² Así, reivindicando una miríada de categorías, todas en igualdad de jerarquía, se desdibuja la estructura de clases y la importancia de la clase como instrumento de investigación y ordenamiento del mundo social. Lo que pretende ser un análisis “sutil”, desemboca en el empirismo más vulgar en el que todo es igual a todo. Más allá del concepto que utilicen, ninguno de los manuales de historia revisados realiza un análisis de clase de la realidad argentina. ¿Qué significa esto? Que

²Aunque debemos destacar que toda identidad tiene, en última instancia, algún tipo de asidero en la realidad. El problema de los manuales es que ponen una identidad subordinada (la nacionalidad) como estructurante cuando es la posición de clase la que predomina por sobre las demás.

tienen el objetivo de borrar las diferencias irreconciliables entre las dos principales clases de la sociedad capitalista: la burguesía y el proletariado.

La burguesía, cuando enseña, confunde, miente, mete miedo. El utilizar categorías ambiguas lleva al extremo de afirmar que los obreros son ladrones en potencia. Desde chiquitos se mama esta idea que finaliza con el “guarda con este negro, que te chorea”. Esto que parece mucho se aclara al leer la cita: “la clase popular (...) estaba conformada por los peones de las estancias, los artesanos, los pequeños campesinos o arrendatarios, los gauchos marginales y *los delincuentes*”.³

b. En Argentina te “re explotan”

El negar el carácter de clase de la sociedad en que vivimos, tiene por principal objetivo esconder la piedra de toque del sistema capitalista: la extracción de plusvalía por parte de la burguesía, es decir, la explotación. Al mencionar a los “inmigrantes” (de los que hablaremos en breve) se dice que eran “explotados de muchas formas” pero sobre todo en las cuestiones de vivienda y alquileres. Aquí nos damos cuenta que, para los autores de estos manuales, el término “explotación” no es una categoría científica que describe el proceso por el cual una parte de la sociedad se apropia del excedente social sin aportar nada a cambio, sino una categoría moral que señala una “injusticia” (como si dijéramos “los obreros son muy explotados”) relativamente fácil de corregir. En el mismo sentido, cuando los manuales de cívica explican el surgimiento de la fábrica destacan “la imposición de condiciones de trabajo cada vez más desfavorables para los obreros”, como si hubiera alguna “condición” de trabajo en la sociedad capitalista que no lo fuera. Las primeras organizaciones obreras habrían surgido para combatir esta situación de “opresión” expresada en insalubridad, jornadas extenuantes, trabajo de mujeres y niños y altas tasas de desocupación. El problema, entonces, no está en las relaciones que unen a los seres humanos en el

³Ver Gaggero, op. cit. p. 59-60.

acto de producir la vida, sino en “excesos” lamentables que, con un poco de buena voluntad, pueden remediarse.

c. Cultura, conciencia de clase y lucha

Cuando la burguesía debe explicar los conflictos utiliza el término “cuestión social” (o conflictividad social). Al referirse a ella se la define como las “consecuencias no deseadas” del proceso de modernización de la sociedad. Estas consecuencias no deseadas son “los problemas derivados de la formación en la Argentina moderna de una clase trabajadora con organizaciones propias, ideologías contestatarias, reclamos específicos y mecanismos de protesta”. Si algo malo parió el capitalismo ha sido a la clase obrera independiente y revolucionaria. Esos mismos manuales, pretendiendo pasar por izquierdistas, contienen descripciones de la “cultura” obrera, que termina siendo un mero anecdotario sobre sus condiciones de vida. Este tipo de análisis oculta lo que verdaderamente importa en un estudio de clase: la conciencia. Las organizaciones sindicales, los partidos políticos de la clase obrera y, sobre todo, sus luchas, brillan por su ausencia o reciben un trato marginal.

3. ¿De dónde salió la clase obrera?

Los intelectuales de la patronal se ven en un problema cuando tienen que hablar de los obreros. Es por esto que siguen buscando formas de rebautizar a los trabajadores. En otra de estas ceremonias el nuevo nombre elegido es el de “inmigrante”. La “dificultad de encontrar mano de obra disciplinada” (a los gauchos e indígenas, además de ser pocos, no había forma de incorporarlos al sistema capitalista naciente) determina la necesidad objetiva de “importar” trabajadores. De Privitellio, Cattaruzza y compañía actúan como Robin Williams en *The Final Cut*, donde personifica a un realizador de necrológicas en video que borra todos los errores y miserias de la vida del difunto para que el mundo lo recuerde sólo en

sus mejores aspectos. Mientras la hora de la muerte del capitalismo argentino se acerca sus apologistas nos muestran una historia muy selectiva. En ella la Argentina era una tierra de “promisión y libertad” y estos “inmigrantes” llegaron atraídos por “conseguir trabajo y altos salarios con relativa facilidad, y el sueño, no realizado las más de las veces, de acceder a la propiedad de la tierra.”⁴

Los orígenes de la clase obrera o bien son caricaturizados, o la clase “aparece” de la nada: “A principios del siglo XX apareció en número significativo el proletariado industrial, en el sentido de trabajadores empleados en fábricas grandes y mecanizadas.”⁵ El verbo utilizado no podía ser más inocente: “apareció”. Los manuales de cívica de esta corriente se refieren a los orígenes del “movimiento obrero”, enmarcándolo en la “revolución industrial”, explicada como una “transformación económica que comenzó en Inglaterra hacia 1780, (...) resultado de una serie de innovaciones tecnológicas que se aplicaron a la organización del trabajo productivo”. Esto habría tenido “serias consecuencias, también, para la vida de las personas”.

Estas explicaciones ocultan la brutal violencia que ejerció la burguesía en los momentos fundacionales del sistema capitalista. El pasado revolucionario burgués y el origen violento del sistema capitalista son también borrados de la historia. Nada se dice de la acumulación originaria, de la expropiación de los medios de producción, del despojo de los campesinos, en definitiva, del proceso de proletarización. Este es el proceso fundamental que determina a los obreros “inmigrantes” a venir a la Argentina: la continuación de la expropiación burguesa iniciada en Inglaterra y continuada en Italia y España, bien descrita por Marx en *El Capital*. El expropiado violentamente en Europa se transforma, a poco de bajar del barco, en “inmigrante” feliz y contento de participar del futuro “promisorio” de la “nueva y gloriosa nación”.

Como la clase obrera surgió de la nada, el capitalismo mismo surgió de la nada. Así, de un solo plumazo se borra también la acumulación originaria en la Argentina: la apropiación desvergonzada de la tierra pública, la estructura

⁴Ver De Privitellio, op. cit...p. 54.

⁵Ver Gaggero, op. cit. p. 100.

represiva organizada contra la “vagancia” y el genocidio necesario para culminar el proceso expropiatorio, la campaña al “desierto”.

4. Borrar la revolución

La “modernización” es llevada adelante entonces por “los hacendados y sus agentes”. Al no aclarar que estamos hablando, en realidad, de la implementación de un sistema capitalista y que los obreros no se oponen a “reformas progresistas” sino a la imposición de la explotación capitalista, los autores de los manuales reseñados falsean la realidad. Recuperan para sí el dogma sarmientino de “civilización y barbarie”, esquema en el cual el rol del proletariado no consiste en otra cosa que poner trabas al “Progreso”. La crítica práctica, la que se manifiesta en hechos, de la clase obrera al sistema capitalista es eliminada de la historia.

Tiene, para ello, varios recursos: a) la oculta, b) la categoriza de reformista o c) es resultado de infiltrados y violentos, extraños a la clase obrera. Veamos:

a) Ocultamiento. En el manual de Gaggero la única alusión a uno de los momentos más algidos de la lucha de clases en la Argentina ocupa dos renglones: se afirma que en este período (principios de siglo XX) también se desarrollan los “movimientos ideológicos de protesta social”, enfrentados por la “clase dominante” con la política y la fuerza militar. Eso es todo. Más, puede ser peligroso.

b) Reformistas. Los “trabajadores urbanos” fueron “bastiones del reformismo”. Gaggero realiza una periodización sobre las formas de organización del “movimiento obrero”. ¿Cuál es el objetivo principal de esta periodización?: mostrar como las luchas de la clase terminan con “un importante conjunto de leyes sociales y a un creciente papel del Estado en las cuestiones laborales, legados que sirvieron de instrumentos para contener a la clase obrera y otorgarle un

sentido de pertenencia dentro del orden social imperante.”⁶ Aunque el movimiento obrero haya tendido a confluir en la reforma, el análisis de los manuales elude destacar el enorme peso histórico que han tenido en el seno de la clase obrera las estrategias revolucionarias. Se muestra a los obreros como los reformadores del capitalismo, nunca como los superadores. En este sentido, se afirma también que “si bien gran número de sindicatos abrazaba estas posturas (revolucionarias), sigue siendo difícil valorar su influencia real”⁷, a pesar de que la burguesía misma, en su momento, lo consideró extremadamente preocupante. La lucha contra la última dictadura militar se enfatiza justamente porque es claramente reformista y fue encabezada por la pequeña burguesía alfonsinista. “Pronto comenzaron las protestas sociales y políticas con una fuerza no tenían desde hacía años. (...) el movimiento obrero convocó varias huelgas generales y fueron frecuentes los conflictos gremiales.”⁸ La reivindicación se comprende mejor citando directamente: “la sociedad ya no priorizaba la llamada liberación nacional de la sujeción imperialista (...); en 1983, en cambio, el concepto clave –que sintetizaba el repudio a la dictadura militar- era “la democracia”. Hacia el fin de la dictadura, la política argentina no dejaba ningún espacio para el planteo de la violencia como método.”⁹ Consecuentemente, el presidente Alfonsín asume en el marco de “grandes manifestaciones y festejos populares”. La clase obrera se había vuelto, finalmente, democrática, pero ninguno de los autores aclara que esto se logra luego de imponerle a los trabajadores una de las derrotas más importantes de su historia, justamente porque la democracia burguesa implica la derrota de la revolución¹⁰.

Los manuales de cívica aclaran aún más lo que los de historia intentan disimular: “Muchos de los derechos que hoy disfrutamos son el resultado de grandes luchas entabladas por la ciudadanía”.¹¹ Los que lucharon lo hicieron siempre en términos de “ciudadanos” y su “victoria” nos dio estos “derechos” de los que sólo goza la burguesía. Con la palabra “derecho” ocurre algo similar a lo

⁶ Ver Gaggero, op. cit. p. 106.

⁷ Ver Gaggero, op. cit. p. 104.

⁸ Ver De Privitellio, op. cit. p. 241.

⁹ Ver De Privitellio, op. cit. p. 243.

¹⁰ Para profundizar sobre esta hipótesis ver Sartelli, E: “Celeste, blanco y rojo. Democracia, nacionalismo y clase obrera en la crisis hegemónica (1912-22)” en *Razón y Revolución* n° 2, Otoño de 1997.

¹¹ Ver Casullo op. cit. p. 44.

que ocurre con el término “democracia”: se los reifica, se los desprende de su historia, es decir, se lo libera de su contenido de clase. Pero si uno quiere enseñar ciencia y no ideología, no se puede hablar de “derecho” sino de derecho burgués, de democracia burguesa, ya que sólo existen en función de los intereses de esta clase social. Este ocultamiento quita del medio la cuestión central: la lucha por los “derechos” no es más que una lucha dentro del orden establecido, el rezago, las migajas a repartirse luego de la derrota de la revolución. Toda lucha se transforma necesariamente en lucha reformista, quedando relegada por fuera de los manuales la lucha revolucionaria, no sólo actual, sino incluso minimizando las viejas luchas revolucionarias llevadas adelante por clases otrora progresistas, como la Revolución de Mayo. Las viejas revoluciones se transforman en una pesada herencia para los conservadores actuales del status quo. En todo caso, la lucha es reivindicada para defender este “derecho” a secas, lo que significa que la espada puede (y debe) ser utilizada sólo para defender el orden burgués.

A fin de imponer el fin de la historia, se filia estos movimientos sociales a la mismísima Revolución Francesa. Ésta inhibe la necesidad de un nuevo proceso revolucionario ya que en 1789 se habría alcanzado la suma de los valores humanos necesarios: “ningún ciudadano pueda considerarse, con razón, superior a los demás”. Casullo aclara que “en las sociedades democráticas modernas, es el pueblo quien, mediante el ejercicio de su soberanía, establece las normas para organizar la convivencia”.¹² Nuevamente la utilización de la palabra “pueblo” esconde la realidad de clases de toda sociedad capitalista, ocultando la dominación burguesa a través de la “democracia” y el “derecho”. A esta altura el manual parece un chiste de mal gusto: “En las Repúblicas, esto se logra con el sistema representativo: el pueblo gobierna a través de sus representantes, quienes tienen la obligación de tomar decisiones respetando la voluntad de las personas que los eligieron”. Ni los chicos de catorce años pueden evitar contener el estallido de una carcajada ni bien finalizan de leer este párrafo. Atentos a esta situación, los autores del manual afirman que estos derechos han sido “violados en numerosas oportunidades”: “las dictaduras, la esclavitud, el racismo, la

¹²Ver Casullo op. cit. p. 46

explotación laboral, la desigualdad entre varones y mujeres, la contaminación ambiental” son sólo ejemplos de esto. Pero ante estas situaciones de violación del mundo burgués se encontraban estos “movimientos sociales”, listos para reclamar lo que es suyo: nunca la superación del orden capitalista, sino la restauración de lo más avanzado de la vieja revolución burguesa.

Para completar la maniobra, no queda otra que desfigurar las experiencias históricas más importantes de los últimos siglos. Así, la revolución rusa se transforma en estos manuales en un “estallido social (...) obligando a los Estados a intervenir para corregir los desequilibrios existentes”. Nada más lejano a la realidad que la clase obrera rusa solicitándole al Estado que intervenga en su favor. El objetivo, ya claro: toda lucha surge de una mala implementación del capitalismo y no de la lógica natural del sistema. Todas las luchas tienen el objetivo de implementar un buen capitalismo. Nunca de destruirlo y construir una sociedad nueva.

Como todo el objetivo es negar que la clase obrera argentina haya tenido en su seno alguna vez una estrategia revolucionaria, otro recurso es referirse a los luchadores caídos en los '70 como “víctimas”. Los obreros no fueron militantes revolucionarios conscientes sino “víctimas inocentes”. Encima se intenta lavar culpas pequeño burguesas cuando se afirma que la represión tuvo una “aceptación pasiva de la dictadura por parte de la sociedad civil”¹³, aunque a renglón seguido se entra en contradicción al afirmar que la protesta obrera fue ahogada por la represión y la prohibición de las huelgas. ¿Cuál era, entonces, la causa de esa “pasividad”?

Otro de los argumentos preferidos de la clase dominante para negar la lucha es reafirmar constantemente que todo lo que consiguió la clase obrera se lo “concedió” la burguesía. Se niega incluso la lucha reformista y se plantea que se “entendió” (desde arriba) la necesidad de transformar ciertos aspectos de la realidad. La clase obrera siempre sigue como perrito fiel los dictados de su amo burgués. Esto ocurre cuando, por ejemplo, se presenta al estado peronista por

¹³Ver De Privitellio, op. cit. p. 233.

fuera de las clases dedicándose a cuidar que nadie se pelee. Al explicarse la crisis de 1929 y la “industrialización por sustitución de importaciones” se dice que tiene una ventaja: la de utilizar mano de obra en forma extensiva. Los “trabajadores” se “desarrollan al compás de la industrialización”. El populismo es mostrado como una política “natural” a esta fase de la historia, ocultando que la clase obrera debió batallar duramente para conseguir todas estas reformas en su favor. La incorporación de los obreros al Estado se da porque los “elencos gobernantes” se dan cuenta de su importancia como consumidores: “El Estado Argentino adquirió nuevas funciones: promover el bienestar social de la población y ser árbitro obligatorio en los conflictos entre el capital y el trabajo”.¹⁴ Las grandes luchas previas al 17 de octubre y que jalonan toda la década del '30 y comienzos de los '40, han desaparecido por arte de magia.

c) Cuando entra la política en los reclamos obreros (es decir que es evidente que quieren algo más que un aumento de salarios) es porque se han infiltrado activistas y deben ser reprimidos sin contemplaciones. Es la criminalización de la protesta desde sus orígenes mismos. “Un combativo movimiento anarquista consiguió adeptos entre los obreros, organizó los primeros sindicatos y declaró una serie de huelgas generales y *otros* actos de violencia”. El “anarquismo” consiguió “adeptos en el movimiento obrero”. No es que los obreros eran anarquistas, sino que el anarquismo viene de afuera. Para quien no se dio cuenta, la huelga general y la acción directa serían el “otro” acto de violencia. Al mismo tiempo, la teoría de los dos demonios funciona también para principios de siglo XX argentino: la combatividad del movimiento obrero (la violencia) fue la que originó la respuesta represiva del gobierno. Las leyes de residencia y defensa social se las buscaron. Estos “inmigrantes” ya no son tan simpáticos como antes (al fin y al cabo eran obreros) y ahora hay que controlarlos. Un manual radical no puede hacer otra cosa que defender a los radicales: Yrigoyen tendría entre otros objetivos, “establecer una nueva relación con los sectores urbanos, que habían sido la mayor fuente de inestabilidad política desde comienzos del siglo XX”.¹⁵ Habría intentado democratizar la sociedad y mejorar los patrones redistributivos

¹⁴Ver Gaggero, op. cit. p. 190.

¹⁵Ver Gaggero, op. cit. p. 122.

del ingreso. Se dice que este nuevo estilo de política estuvo también “acompañado por una participación mucho mayor de los grupos urbanos”. No queda del todo claro, qué fue la Semana Trágica e Yrigoyen reprimiendo la huelga de los metalúrgicos de Vasena. O los conflictos de los “trabajadores rurales” en la Patagonia de 1921. La Semana Trágica sería el fracaso de la política laboral de Yrigoyen. Se justifican los fracasos radicales como fracasos en términos personales: “fracasó la política yrigoyenista”. Lo que no se dice es que el capital mismo es el que obliga, tarde o temprano, a la represión y que Yrigoyen representaba a ese capital. La verdad sigue esperando llegar a la escuela: la “democracia” burguesa nace asesinando obreros.

5. Argentina, país generoso: son pobres porque quieren

Pero la Argentina creció y eso también hay que explicarlo. Los primeros trabajadores inmigrantes comienzan a llegar y el país aparece como un paraíso donde el sueño de transformarse en burgués o pequeño burgués es posible. Se dice que el desarrollo de la economía argentina no sólo beneficiaba a la “clase dominante” sino que “también alcanzaba al resto de la población beneficiada por el dinamismo constante en la demanda de trabajo que existía en el sector agropecuario”. Nos quieren hacer creer también que los pobres son pobres por culpa de ellos ya que todos tuvimos oportunidad de progresar. La crisis de 1929 afectaría fuertemente a la clase obrera ya que la caída de los salarios y la ausencia de productos importados afectan a los “grupos medios y populares” que “se habían acostumbrado a un fluido acceso a los bienes de consumo”.¹⁶ Habría que preguntar a los autores si vivir en conventillos, no tener obra social y arañar la supervivencia significa “un fluido acceso a los bienes de consumo”. Nos dicen entonces que el ascenso social estaba al alcance de la mano a través de la

¹⁶Ver Cattaruzza, op. cit. pg. 155.

“educación”, la “fuerza de voluntad” o la “suerte”. La patria ofrecía, el obrero disponía.

Por otro lado, las ganancias del agro pasaban a las ciudades y a pesar de la inestabilidad laboral el empleo era abundante y se podía entrar y salir con relativa facilidad. “Los trabajadores no gozaban de protección social frente al desempleo, pero (...) la dinámica de crecimiento garantizaba la inserción en el mercado de trabajo”. Aquí el error que cometen es analizar el largo plazo perdiendo el punto de vista del obrero individual. A la larga puede ser que el mercado ofrezca nuevas posibilidades de empleo. Pero para un obrero particular es una tragedia perder su trabajo ya que hasta conseguir otro se le puede ir la vida.

Esta situación de crecimiento se consolidaría con la expansión de la “clase media”, “sector que se formó gracias al acceso cada vez más amplio de los grupos populares a la propiedad de la vivienda, a la apertura de nuevas fuentes de trabajo, a la educación y al consumo masivo de bienes materiales y culturales”. Nadie entiende cómo ese mundo feliz dio lugar a que la sangre obrera cubra las calles de Buenos Aires, La Pampa y la Patagonia. La ideología burguesa debería explicar por qué la Argentina nunca cumplió sus promesas. Lo que sigue sin explicarse es que en las etapas iniciales de desarrollo capitalista es mucho más sencillo transformar un pequeño ahorro en capital ya que los niveles de acumulación son mínimos. Una característica del estadio inicial del capitalismo aparece como una ventaja conseguida por la fuerza de la voluntad individual, por la posesión de una “cultura del trabajo”.

6. Culto al espontaneísmo y negación de la historia

Los manuales de cívica fomentan el autonomismo para enfrentar a la organización. Para esto utilizan el concepto de “nuevos movimientos sociales”. Serían “grupos de personas” que, “motivados por situaciones de injusticia y desigualdad en distintas sociedades” se comenzaron a reunir de manera

“espontánea”, “al principio independientemente y luego formando organizaciones, para expresar su descontento y propiciar acciones colectivas tendientes a lograr el cumplimiento de sus derechos”.¹⁷ De los movimientos se dice que son “grupos heterogéneos” y de “personas que se reúnen de manera espontánea” para luchar por la “justicia” y la “reivindicación de sus derechos” a través de “acciones colectivas, muchas veces novedosas y originales”, para lograr ser “escuchados por quienes ejercen el poder”. Esta complaciente descripción, que en el fondo no describe nada, es una caricaturización de la lucha de clases a la que no se le ocurre otra posible acción política que tratar de “ser escuchados”. De tomar el poder, ni hablemos. La misma caricaturización se realiza con las organizaciones históricas de la clase obrera que, a pesar de contar con una historia de más de doscientos años, desaparecen transformados en “viejos” movimientos sociales que ya no tienen razón de ser. Cualquier asamblea de consorcio parece más importante que una huelga.

7. ¿Por qué los manuales dicen lo que dicen?

La llegada de un nuevo grupo de intelectuales de la mano del alfonsinismo¹⁸ busca investigar la historia argentina de acuerdo a las necesidades de la fracción de clase que los ha llevado al poder.¹⁹ Los estudios girarán entonces en torno al problema de la “democracia” y sus “transiciones”. A partir de un discurso autotitulado “marxista” y desde posiciones supuestamente “críticas” se abocaron a las tareas de investigación, docencia y propaganda. El objetivo era entonces construir un proyecto político superador del peronismo y anticonservador. Las claves de este proyecto eran el Estado, la política y la clase dominante, con el objetivo principal de construir “la democracia”, es decir, una democracia sin adjetivos,

¹⁷Ver Casullo op. cit. p. 44.

¹⁸Para profundizar sobre esta cuestión ver De Luca, R: “La cobertura ideológica de la reforma educativa menemista: el Congreso Pedagógico de 1984”, en *Razón y Revolución* 13, Invierno de 2004.

¹⁹Ver Sartelli, E. “Tres expresiones de una crisis y una tesis olvidada”, en *Razón y Revolución* n° 1, Otoño de 1995.

por fuera de toda determinación clasista. Y este proyecto no podía triunfar sin comprender al movimiento obrero y su política.²⁰

Todo el chiste era mostrar que la revolución había dejado de tener sentido y lo que “la gente” quería era vivir “en democracia”. Entonces, necesitábamos una educación democrática. Y la violencia que hay que borrar no es solo la ejercida por el Estado burgués militar sino también la de la clase obrera en su lucha revolucionaria: los dos demonios. En la construcción de hegemonía los manuales son sólo una herramienta más. Este objetivo es logrado a través del conjunto del sistema educativo con leyes, programas, actos, clases, pedagogías y con la organización de la escuela en general. La formación escolar es una gran clase de educación cívica, es decir, cómo comportarse en la sociedad capitalista.

Esta relación entre historia y educación cívica o, mejor dicho, la historia burguesa como una herramienta ideológica para la formación de “ciudadanos”, aparece claramente en los CBC escritos por Luis Alberto Romero. Romero dice que “la historia tiene que ver con la formación general; específicamente con la formación del ciudadano, con la del futuro universitario y con la de un futuro trabajador que deberá adecuarse a un mundo en rápido cambio. (...) En estrecha relación con la formación del ciudadano, resulta prioritario que el alumno avance en el proceso de asumir críticamente los valores de nuestra sociedad (...): pluralismo y tolerancia, justicia y equidad, gobierno republicano y democrático, protección del ambiente.”²¹ Luego de explicar todo el programa de ciencias sociales de 7°, 8° y 9° de la E.G.B. afirma que “todo ello apunta a la comprensión de las vicisitudes y dificultades de la existencia de un sistema político y una sociedad democráticos”. Al referirse a los “contenidos actitudinales” la cuestión se verifica aún más. Se habla de “asumir críticamente”. La pregunta es, ¿hasta dónde la escuela fomenta el pensamiento crítico? La respuesta no deja lugar a dudas: “los límites de una visión crítica posible están dados por el carácter mismo de toda enseñanza sistemática, que de una manera u otra, más o menos directamente, apunta a la reproducción del conjunto del sistema social, de modo que no podría

²⁰Ver por ejemplo, PEHESA, “La cultura de los sectores populares: manipulación, inmanencia o creación histórica”, en *Punto de Vista*, n° 18, agosto 1983 y “¿Dónde anida la democracia?”, en idem, n° 15, agosto-octubre de 1982.

²¹Ver Romero, L. A. “Ciencias Sociales”, en Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, *Fuentes para la transformación curricular. Ciencias Sociales*, República Argentina, 1997 (2 tomos).

imaginarse que la actitud crítica llegara a la negación de ese sistema en su totalidad”. La historia entonces, es una herramienta de la burguesía para meter en la cabeza de los chicos “los valores históricos, elaborados por nuestra sociedad”. “En este punto, mirada crítica y guía para la acción se encuentran, y la historia se integra con el civismo.”²²

8. Una conclusión necesaria: educación, clase obrera y revolución

El conjunto del sistema educativo es un arma de la clase burguesa en su lucha por imponer su visión del mundo, es decir, su conciencia, al conjunto de la clase obrera. ¿Qué importancia tiene esta afirmación para los explotados por el capital? Que ha llegado la hora de dar un salto cualitativo en sus reclamos y luchas. Ha llegado la hora de reclamar contenidos afines a los intereses de la clase obrera y no de la burguesía. Los programas no deben ser bajados del ministerio sino que son los obreros los que deben decidir qué necesitan estudiar y cómo. Los manuales no deben construirlos los intelectuales de la burguesía desde centros de estudios financiados por el Banco Mundial y el gobierno, sino que deben ser escritos por los intelectuales surgidos al calor de las luchas obreras, expresando sus intereses. No podemos aceptar una escuela que trate a los obreros como un conjunto que se muere de hambre porque quiere, protesta porque está en su naturaleza violenta y antidemocrática y es el principal culpable de todos los males que sufre el mundo. Es necesaria una historia que muestre la realidad: los obreros son la clase llamada a la acción revolucionaria. Los contenidos, programas, manuales y la pedagogía al servicio de la clase obrera son una necesidad impostergable para batallar frente a los prejuicios burgueses. Sólo una escuela piquetera construirá una salida obrera y socialista a la crisis del mundo burgués.

²²Ver Romero, op. cit. p. 192.